

zón y por puro amor á ti; yo quiero todo, yo acepto todo, yo lo sacrifico todo, y uno este sacrificio al de mi divino Salvador. Yo te pido en su nombre y por sus méritos infinitos, paciencia en mis penas y la perfecta sumisión que te es debida en todo lo que te place querer y consentir.»

Y esta resignación, que aparece aquí con ribetes de ascetismo, no fué el menor de los méritos de Isabel en el Temple; pues al tiempo que, para satisfacer las exigencias de su fe, hallaba manera de privarse en medio de todas las privaciones, de mortificarse en medio de todas las mortificaciones, hasta de ayunar en medio de un suplicio en el que no se economizaba ningún tormento, ni siquiera el del hambre, Isabel, frente á frente de su hermano y de su cuñada, desplegaba sin esfuerzo todos los recursos de una abnegación fraternal y filial á la vez y rodeaba á su sobrino y á su sobrina con la maternidad más solícita y delicada. Echemos un velo sobre los ignominiosos refinamientos de la última hora, sobre el insulto vertido en su presencia á la memoria de los que no podía menos de llorar, sobre el ultraje monstruoso, verdaderamente infernal, que violó en ella la última inviolabilidad de la mujer, el pudor. El sacrificio había llegado al fin; el cáliz se había apurado; faltábale sólo á Isabel morir. Después de un interrogatorio tan absurdo como cruel, y de una requisitoria en la que se llegó á acusarla de haber *mordido*, con la reina, *las balas del diez de Agosto*, fué condenada á muerte, y á la muerte marchó tranquila y serena. Al subir las fúnebres gradas, la marquesa de Crussol D'Amboise expresó el deseo de abrazarla. «Con mucho gusto, marquesa, y con todo mi corazón», dijo Isabel: en seguida entregó sonriente su cuello al verdugo.

Tal fué de implacable la Revolución con la real familia de Francia. Luis, Antonieta, el Delfín, Isabel, he aquí sus víctimas, y el orden en que estas víctimas fueron inmoladas marca con precisión barométrica el gradual ascenso del fanatismo revolucionario. Como hombre, Luis era un bendito, incapaz de querer el mal y dispuesto siempre á hacer el bien; como rey, por todo extremo débil, al punto de haber contribuído con sus condescendencias á que la Revolución se apartase de su cauce. Por todo esto, lejos de odiarle, debían los revolucionarios no sólo respetarle, sino amarle. Pero representaba un principio execrado, la monarquía; había tratado de huir para ponerse fuera al frente de los realistas; había mantenido relaciones con las potencias extranjeras al intento de lograr su restauración, y todo esto, junto á los progresos de la coalición, explica aquel grado de pasión, que movió la lengua y la mano de los que pidieron y firmaron su condenación. Muy otro era el caso de Antonieta. Cierta que ésta se había mostrado desde un principio francamente hostil á la revolución; cierto que había aconsejado á Luis XVI resistencia á todo trance; cierto que se había comunicado con la corte de Viena para destruir el nuevo orden de cosas; pero era una mujer, era una madre que defendía los derechos de su hijo, y sobre todo, cuantas faltas y delitos contra el Estado hubiese podido cometer, sobradamente los

había purgado en el largo martirio á que se la había sometido en el Temple y en la Conserjería. Evidentemente, su condenación fué dictada por un grado de encono superior al que había causado la desgracia de su marido. Y qué decir del Delfín, de aquel niño de diez años, que nada tenía que ver con las culpas de sus padres, y al que, no contentos los convencionales con haberle dejado huérfano y desamparado, le aplicaron, ó quisieron aplicarle, según la versión que se acepte, aquel brutal y cruento tratamiento que había de minar lentamente su existencia, sino que los que así obraban no eran ya hombres, eran ciegos instrumentos de la venganza, especie de furias infernales. Y en mayor grado aún eran lo uno y lo otro los que pronunciaron la condenación de Isabel, de aquella santa mujer, sin igual en discreción y superior en virtudes á todas las de su tiempo, que reunía en rara y admirable síntesis á la dignidad de reina la humildad de la paloma, á la clara previsión de las consecuencias de los actos, la obediencia más sumisa, á una caridad inagotable la resignación de un mártir y la abnegación de un Asís. Así, por estos grados, fué caldeándose la sangre de aquellos revolucionarios, más obcecados cada día en sacrificar á un concepto, á una abstracción, llamárala república ó patria, los más nobles, los más santos afectos del alma humana.

Otra consideración debemos aducir aún para apreciar debidamente así el martirio de las personas reales como el grado del fanatismo revolucionario. Por natural impulso, las majestades caídas nos inspiran más lástima que las pobreza heredadas. Hay quien cree que se comete en esto una injusticia. ¡Injusticia tratándose de un sentimiento espontáneo! Nada de eso. El grado de dolor que una privación causa es tanto mayor cuanto menos habituado se está á soportarla, por la sencilla razón de que la sensibilidad se embota con el sufrimiento y se afina con la molicie. Obligad á ir descalzo al que de niño calzó zapatos de fina piel, y le matáis; el labriego, en cambio, trepa con los pies desnudos por riscos y breñas sin sentir las picaduras de las espinas ni de los guijos. Someted á monacal regla al que fué siempre señor de su albedrío, y le infligís la más dura de las penas; en cambio, el monje vive feliz en la clausura del convento. Otra ley importa notar, íntimamente relacionada con la anterior. Entre dos personas de las cuales la una empeora de condición el mismo grado en que la otra mejora, el dolor de la primera es mucho mayor que el placer de la segunda. Dad pan de maíz al que siempre lo comió de trigo, y pan de trigo al habituado á comerlo de maíz, y evidentemente, el dolor que causáis al primero es mucho más intenso que el placer que proporcionáis al segundo. Mucho goza el mimado de la fortuna á medida que puede vestir mejor, instalarse en cuarto más lujoso, frecuentar círculos y ostentar lujosos coches tirados por lucidos troncos; pero sufre incomparablemente más el víctima de la desgracia á medida que se ve obligado á deshacerse de sus coches y caballos, retirarse de los círculos, dejar el palacio por la bohardilla y llevar á empeñar sus alhajas y sus ropas. En virtud de estas leyes, si sometéis á las mismas privaciones á personas de



diversa posición y grado de cultura, al que siempre nadó en la abundancia y al que jamás dispuso del preciso sustento, á un rey y á un proletario, causáis al primero un grado de pena infinitamente mayor que al segundo. Justo es, pues, el corazón humano al condolerse más del infeliz mortal caído de las cumbres sociales que del familiarizado con las privaciones desde su nacimiento; y juzgando á la luz de estas leyes la conducta de los revolucionarios, su fanatismo se nos aparece como una monstruosidad y como una enormidad el tormento que impusieron á las personas reales. Con razón el sentimiento popular ha divinizado á éstas, poniendo en su diestra la palma del martirio.



## CAPÍTULO CUARTO

Proceso y muerte de los girondinos.—Triunfos de las armas francesas.



los ocho días de la muerte de Antonieta, comparecieron los girondinos ante el tribunal revolucionario.

Dos palabras sobre Historia retrospectiva son aquí indispensables, para poner de relieve la motivación de los hechos. El Terror fué un producto raro, monstruoso, de una sociedad enferma, presa de alta fiebre, causada por el violento choque de las ideas dentro y por la invasión de las potencias extranjeras, pero cuyo origen y cuyos actos tuvieron su casualidad natural, ni más ni menos que la tienen las instituciones y hechos de las sociedades sanas. Desenterrar, sacar á la luz del día este encadenamiento causal, es la función más alta de la Historia.

Seguramente, no ofrece esta ejemplo tan elocuente como el de los girondinos, de lo funesto que es, y en la esfera política más que en ninguna otra, el absolutismo de las ideas. No es encastillándose en los principios como se acierta á gobernar á los pueblos, sino cediendo de ellos lo que cederse debe, graduándolos, atemperándolos á las circunstancias, al incesante y continuo movimiento de la vida, al siempre cambiante medio social. Del preciso conocimiento de la realidad, en primer término, y del ideal que este conocimiento sugiera, debe tomarse el criterio para dirigir á las sociedades. De vasta cultura, de alto pensamiento, de moralidad estoica, serenos y ecuánimes, con la serenidad que da la tranquilidad de la conciencia, amantes de la patria hasta el punto de ofrecerla en holocausto la propia vida, pero sobreponiendo el concepto á la experiencia, ideólogos y aun soñado-